

LAS FORMAS EN EL IMPERIO DEL CENTRO

POR DAVID NÁJERA

Una vez que el relevo político se ha completado, el ejercicio de la autoridad y la continuidad de la administración pública y los asuntos de Estado adquieren los rasgos propios de los nuevos líderes. Continuidad y cambios en formas y proyectos van de la mano en la armonía del nuevo sueño chino.



Desde marzo pasado día con día la prensa oficial introduce una nueva imagen repetitiva en su portada, la del Presidente Xi Jinping o la del Primer Ministro Li Quekiang con una personalidad extranjera; de todas las regiones y orígenes étnicos, Presidentes con el primero, premiers o personalidades con el segundo. De todo el mundo parecen congregarse en Beijing en un desfile sin fin de pleitesías ante el nuevo emperador y su corte celestial de los miles de millones de dólares en reservas, de la tentación del mercado interno interminable y de la oferta de estar entre los primeros 199 países amigos de China.

El discurso oscila entre la amistad, la armonía, el desarrollo sustentable y sobre todo, acerca de la seguridad estratégica de abasto al Imperio del Centro. A los requerimientos energéticos para mover a la economía china se suma la necesidad de que le compren sus productos, de consumir ella misma parte de lo que produce, de integrar su mercado al global y todo ello al tiempo de conservar el control centralizado de su desarrollo, eje vertebral de su éxito.

Así, el paseo por la alfombra roja y la reunión en mullidos y vastos asientos en donde la delegación visitante se sienta de un lado y la multitud de funcionarios chinos que observan embelesados y calculadores cada uno de los gestos de su líder del otro, es un ritual que acontece varias veces a la semana y que al difundirse en la prensa muestra a propios y extraños el poder simbólico de la imagen de la Corte.

Se trata de un ritual que no por repetido parece agotado; el saludo con la mano apenas levantada, la sonrisa que oscila entre dibujada y estruendosa según sea el anfitrión; la mirada apaciguada y casi paternal o la de ojos brillantemente abiertos tras las gafas. Cuando se trata de personalidades extranjeras siempre de traje oscuro y corbata discreta; cuando son encuentros populares con camisa de manga corta o ropa de seguridad acorde a la ocasión, casco, bata, botas. Pero la imagen de control amigable de la situación, reiterado con la diestra que muestra el camino que debe de seguir el visitante, siempre está presente y la imagen publicada lo remarca para que no haya confusión, ni en China ni fuera de ella.

Cierto que el desfile multinacional ya era frecuente en la presidencia de Hu Jintao y el Premier Wen Jiabao, incluso la escenografía a primera vista no parece tener cambios sustanciales. Pero un vistazo hemerográfico nos mostraría a un Hu notoriamente menos frecuente que Xi y una constante de uniformes militares, banderas y alfombras rojas que no es frecuente en las imágenes regulares de Xi & Li quienes parecen requerir de menor parafernalia para demostrar su presencia y todo lo que quieren que conlleve.

Además la regularidad del desfile se ha incrementado, tal vez por ser las primeras semanas del nuevo término de gobierno, del nuevo reinado, un reinado democrático en la concepción china que durará diez años y que es tal fruto del consenso y de la solidez pública de los mandatarios que pueden ejercer a plenitud el poder desde el primer día. Y el mundo no se confunde y acude presuroso a presentar respetos, proyectos y peticiones a la única potencia que puede ostentar su autoridad sin rendir cuentas a acreedores y que no se guarda reclamo alguno cuando así lo considera necesario.

Como una parte sustancial de la educación sentimental del maoísmo fue la construcción de un supranacionalismo que se impusiese por sobre las diferencias regionales, étnicas y nacionalistas del conglomerado chino, varios elementos discursivos siguen presentes y se publican a la menor oportunidad, especialmente por parte de la pléyade de intelectuales orgánicos que pululan en los centros de investigación, en las columnas editoriales y en las lecciones políticas que de vez en cuando aún asesta el Partido a sus cuadros en sus encerronas educativas. Temas reiterados emanados de la historia oficial como que China fue la mayor potencia del mundo y sus alrededores hasta que una dinastía étnicamente distinta a la mayoría Han, los manchúes Qing, sumieron en sus varios siglos de dominación a China en un marasmo burocrático, corrupto, inmoral que debilitó a la gran nación y la hizo vulnerable a las ambiciones imperialistas occidentales, especialmente europeas. A esos invasores habría sobrevenido la corrupción y decadencia Qing total, el fin del Imperio y las luchas nacionalistas alimentadas por países como Japón que una vez dividida y debilitada, hizo de China su presa expansionista y solo el fervor de los nacionalistas y sobre todo el sacrificio de los comunistas lograría la victoria sobre el invasor. A esa victoria continuó la guerra civil necesaria para lograr el triunfo del pueblo. Y así sin detenerse en una lucha cotidiana mientras hacia el exterior solo emana la amistad entre los pueblos y la paz internacional.

La historia oficial, pues provee argumentos sólidos para explicar antes que nadie a su propia sociedad que este es tiempo de cosecha y que China ocupa el lugar que le corresponde en el mundo y al que la historia reciente le habría escamoteado.

La nación china como una sola sin que sus diferencias internas ofrezcan flanco débil; la seguridad de un destino de éxito; el convencimiento de que el modelo y el camino son los correctos y en la práctica la única opción; el pragmatismo para explicarse los golpes de timón con una sonrisa y la mano extendida para indicar la nueva dirección y la necesaria disciplina y sacrificio por el bien común. Todo ello aparece en las fotografías cotidianas y reitera el camino al socialismo con “características chinas” que puebla los discursos oficiales.

En suma, la China que se quiere dominante construye en sus imágenes la percepción del poder que hable tanto al interior como al exterior. Más sin embargo, está en sus interlocutores escoger la credibilidad de la imagen. Ese es, finalmente, el derecho del público a aceptar si una representación es poder o imaginación.